

Es de justicia señalar en primer término el éxito que obtuvo anoche en el Reina Victoria la comedia de Victor Ruiz Iriarte "La soltera rebelde". Éxito compartido por el autor y por la compañía que la puso en escena. Ambos lo merecieron y a ambos dedicó el público los encendidos aplausos que subrayaron diversos mutis, y especialmente el final de los tres actos de que consta la obra. El autor, por su parte, demostró su extraordinaria habilidad en el dominio de la técnica teatral, disposición de escenas y contraste de situaciones, mezclando en acertadas dosis la gracia a la ternura, el realismo de la acción a la poesía de las palabras. La compañía de Tina Gascó resulta, a nuestro juicio, una de las más completas de cuantas actúan hoy en Madrid. Ayer no hubo uno solo de sus componentes que desafinara. Unos y otros vivieron sus respectivos papeles con naturalidad, dando el relieve que correspondía a cada personaje. Luego familiarizaremos más. De momento, conste nuestra satisfacción por poder consignar un éxito indiscutible—de lo que tenemos vivos deseos desde que comenzamos nuestra tarea crítica—, si bien no llegue el mismo a la categoría de acontecimiento. Conviene que el público no confunda, ni menos el autor, del cual, por cuanto hasta aquí lleva realizado, es de esperar mucho más y de más vuelos que la comedia estrenada anoche.

"La soltera rebelde" es una comedia con dos protagonistas en uno: la soltera y el beso. En cuanto a la soltera, Ruiz Iriarte nos ofrece el tipo de la solterona ya entrada en edad abocada a un matrimonio que le desagrada. Pero que le desagrada no por la contextura corporal y moral del futuro marido, que es lo corriente, sino por la razón más íntima y singular de la repugnancia al beso. Hay un complejo, pues, contra el cual lucha la protagonista con los recursos que le sugiere su temperamento e inocencia madura de solterona provinciana. En su modo de comportarse, que a primera vista pudiera parecer inmoral, no hay sino ignorancia del mundo y femenina curiosidad. Ambas, unidas en torno a un beso posible, constituyen el motor de la acción. Cuando el beso llega, un beso ya sin repugnancia, pero también sin amor, provoca el original desenlace, que no es sino la cristianísima reacción de un alma inocente contra su primer pecado. Es cuando la protagonista comprende que ya no le es posible enamorarse—pasó de la edad de los sueños—y huye de un capítulo de su vida que pudiera hacerle perder la paz de la conciencia.

La obra tiene, en este personaje y en los restantes, una gran precisión de tipos, de psicologías, de caracteres. Todos encaminados a hacer resaltar con sus actos la figura central, pero sin que ellos mismos se desdibujen.

Encontramos algún defecto en el modo de plantear la comedia. Las primeras escenas del primer acto son de peor calidad que las restantes. La obra gana, indiscutiblemente, conforme avanza la acción. Por aquellas primeras escenas, el espectador tiene la impresión de que va a presenciar una astracanada. Quizá se rompen demasiados cacharros. Hay exageración en las exclamaciones, en los ademanes. Afortunadamente, esto pasa pronto y acaba por olvidarse ante la delicadeza y finura de otras frases y escenas. Otra de ellas, a nuestro juicio, mal planteada es aquella del segundo acto en que entra en la casa el novio de Natí. No es que sobre la escena, sino que choca, y es innecesario el modo como se inicia la entrevista. Si algún otro defecto hay, es de tan poca monta que no vale la pena señalarlo, y aun éstos los indicamos por amor a la exactitud, aunque no quiten valor a la comedia, que,

como hemos indicado, refrenda a su vez la valía de uno de nuestros mejores autores de esta hora.

La interpretación, como dijimos, excelente. De modo particular Tina Gascó, en la que no hubo el menor fallo ni en el tono, ni en los ademanes, ni en su manera de moverse en la escena. Con menos énfasis y profusión de gestos hubiese ganado el papel que interpreta Rosa Lacasa. Acertadísimos también estuvieron Carlos Casaravilla, Josefina Ragel, Victoria Rodríguez, Manuel Arbó y los restantes intérpretes.

Muy elegantes los trajes que luce en escena Tina Gascó y muy bonita y moderna la decoración. El autor saludó al final de los tres actos.—ELIAS GOMEZ PICAZO.